

BENJAMÍN SUBERCASEAUX

## HOMENAJE A UN VIVIENTE

---

Muchas veces he pensado en la muerte, porque de no hacerlo no habría sabido comprender muy bien por qué vivía. Sin embargo, esta es la primera vez que, en un homenaje, me refiero a una persona desaparecida, que fue y es un ilustre colega en las Letras, y además —y sobre todo— uno de mis amigos dilectos.

Acostumbro, en esta función natural de la vida, que es esta partida sin retorno, conservar el recuerdo, la experiencia, el afecto; pero en mis relaciones humanas aplico muy en serio esto de que no habrá retorno y que, por consiguiente, no hay más que hablar. Comprendo que ha de aparecer esta actitud mía como una posición inhumana; y es que, día a día, procuro ser más inhumano frente a las reacciones llamadas humanas, que me horrorizan un poco, aunque se las haya hecho sinónimas de Virtud.

No es otra la razón de que jamás haya aceptado tomar la palabra en cementerios, funerales ni conmemoraciones. Esta experiencia, pues, es nueva para mí, y me obliga a realizar cosas nuevas: a faltar al diti-rambo de rigor, y a seguir hablando del desaparecido, no como si él no fuera un simple recuerdo, sino como si estuviera presente y vivo.

Con Ricardo Latcham no me resulta una tarea difícil, porque Latcham pertenece a aquellos seres que no mueren; más aún, que no nacieron para asumir jamás la condición de difunto, de extinto, de desaparecido; otros tantos términos ridículos, convencionales, que nada significan y que nunca entenderemos. Porque la No-Vida no es cosa para que la entienda el Hombre. Menos, Latcham. Y si digo que en mí fuero interno yo me ocupo de la muerte, es porque tengo la virtud de ocuparme muy poco de los vivos. El, en cambio, vivía para todo lo que los demás hacían, escribían, realizaban. Con chispa deslumbrante de picardía, los recortaba del inmenso friso de la vida diaria, y con

sonrisa plena de humor sin maldad, los dibujaba de cuerpo entero y alma poco entera, a fin de aquilatar sus méritos, sus defectos, virtudes, excentricidades, y autenticidad. Comenzó haciéndolo conmigo, por allá en el París de un Fugita, de una Josephine Baker, de un Gide y una Mistinguette. El que habla era entonces un oscuro estudiante que, como dijo Ricardo con inmensa perspicacia: "Posee una inteligencia que no es otra cosa que su esfuerzo para justificar sus actos". Y en verdad, yo me merecía tal saeta, plena de humor galo o, quizás, británico. Ricardo me veía a veces cruzar por Montparnasse, vestido modestamente, con un foulard al cuello, y tocado con una "casquette" de bajos fondos. Los chilenos, reunidos en piño en torno de alguna mesa del Café Du Dômel parecían náufragos asidos a una balsa plena de chismes y de temor ante el proceloso mar extranjero que los rodeaba. Por temperamento y sangre, yo no usaba balsa alguna y sabía nadar ahí a mis anchas, mejor que en la laguna quieta del sentir criollo, que adivinaba plena de traidores bajíos y de miasmas. Ricardo no necesitaba de la balsa ni de mi arte natatorio: él "caminaba sobre las aguas", como en el milagro de Tiberíades...

Y es que era una de esas almas ligeras, no en ligereza, sino en la livianura etérea que da la pureza de la bondad. El reía de todo el mundo —incluso de mí—, pero él no lo hacía con saña ni amargura. Lo hacía de pura euforia, de pura necesidad de expresar sus ideas y difundirlas, sin preocuparse mayormente de si se le escuchaba o no. El hablaba para sí mismo, sobre todo, como debe hablar el escritor de verdad. Porque, cuando escribimos, ¿no es acaso con nosotros mismos que estamos hablando? Quienes peroran para los demás, no son escritores; son demagogos, son políticos, son pequeños figurines que se perfuman de su propia voz y se miran en el espejuelo que les ofrece su auditorio. Latcham monologaba. Latcham, por consiguiente, pensaba. ¡Oh la gran virtud olvidada, sin la cual no se puede realizar cosa que valga, y menos la Crítica Literaria!

Y porque Latcham pensaba tuvo él que ser mi amigo. Comenzó sarandeándome, por ahí en 1930. "Este joven Subercaseaux que gusta de ponerle corset a las ideas". Aludía a un libro mío recién publicado, de índole psicológica, y, desde luego, en manera alguna literario sino científico. (Ya lo vemos, los extremos del tiempo se tocan: la muerte recuerda al nacimiento, y mi vocación científica inicial semeja a mi producción científica terminal...). Latcham no gustaba mucho de la ciencia ni de la precisión. Era hombre de Letras, ante todo. Yo era un antihumanista, un "inhumano", desde entonces. Esto, representaba pa-

ra Latcham "ponerle corset a las ideas". Le contesté no sé qué chuscada referente a las fajas, ya en uso, y a su experiencia arcaica de los corsets. Aquello le agradó, y sobre tan frívolos adminículos, establecimos desde entonces una sólida amistad.

Pasaron los años con aquel majadero empecinamiento que pone el tiempo en dilatarse, cuando estamos edificando los cimientos de lo que habremos de ser, y dejándonos tan poco espacio para poder realizar por fin lo que somos. Por eso hay ahí un largo interregno en que nuestras vidas caminaron cada una por su lado, si bien, viéndonos de tiempo en tiempo, para escucharle a él. El no necesitaba escucharme: me intuía y me leía. Pero entretanto, ni la ciencia, ni las ideas, ni los *corsets*, siguieron ocupando el lugar peyorativo que él les destinara otrora. Comprendió desde temprano (hay algunos que aun ni lo atisban) que la Literatura sería una pirueta frívola de bataclana vieja si ella no encerrara la inmensa preocupación profundamente seria por un mundo que recién se está abocando a conocer la tierra en que vive, y sus leyes, y toda la inmensidad del misterio humano. En otras palabras, feneció entretanto la historieta folklórica y el "buen decir" del libro "simplemente entretenido", como los gusta cierto crítico que no termina nunca de morir. Porque el morir es en cierta manera un mérito. Por eso yo no me ocupo de los muertos: ya no necesitan de mí... si es que lo necesitaron alguna vez. Latcham me necesitaba tanto como lo necesitaba yo. En el caso suyo, porque yo le procuraba una base objetiva a su inteligencia desbordante. En el caso mío, porque él era el ojo vidente de todo aquello no sometido a mensura; porque era la cultura literaria misma, sobre todo en literatura inglesa y latinoamericana; pero, principalmente, porque él era un hombre sincero, leal, veraz, pleno de buena intención hacia mí, lo que rara vez suelo encontrar. Con valentía esgrimió su pluma en *La Nación* para destacar mi *Tierra de Océano*, que se había sumergido en el habitual complot del silencio; con acritud defendió *Santa materia*, demasiado santa para los santos de mi tierra. En los corrillos, en las reuniones sociales, sin que lo supiera yo, estaba Latcham adoctrinando a los "cegatones propios y extraños" —como dijera Gabriela Mistral en el Prólogo de mi *Loca Geografía*—, para que no botaran al canasto de papeles al hombre que, a lo mejor, podría un día —quizá— desempeñar algún papel. Esto no sabría olvidarlo jamás. Fue esa actitud noble, desinteresada, del gentleman inglés que llevaba en su sangre, la que más me emocionó y la que me ha hecho salir de mi mutismo habitual para venir a hablar en estas ceremonias, de las que no aficiono. Latcham era el polo opuesto de mi formación intelectual. El pudo haber sentido una violenta

antipatía por el que habla. Pero a semejanza de la posición nobilísima que siempre le observé, cuando a su señor padre se refería; aquel insigne hombre de ciencia, y antropólogo como el que habla; así también, cuanto a mí concernía, sin tener yo los méritos del sabio Latcham, ni pretender aquí a una importancia que no tengo, o que sólo tengo por desnivelación con un ambiente, Ricardo mantuvo durante toda una vida de amistad, la confianza unida a un tácito respeto por esta "causa perdida" que era este escritor.

Aquello no lo olvidaré jamás.

Latcham representó el espíritu europeo en nuestro ambiente intelectual. El más criollo de los europeos, y el más europeo de los criollos. Representó la agudeza humorística, cimentada en la verdadera seriedad, que es la de comprender a fondo; y, por haber comprendido, reír. Latcham era una personalidad vibrante, en un medio donde las personalidades suelen estar ausentes, no porque la inteligencia falte, sino porque no sobra el valor y, sobre todo, aquel valor de pagar tan caro aquella liberación de los intereses, las conveniencias, las falsas modestias, el gregarismo, que impiden a los más enfrentar tamaños sacrificios, y que por no realizarlos no logran ascender al majestuoso sitio de la personalidad. Además, Latcham fue un estudioso de verdad, en un ambiente donde las gentes gustan cosechar sin haber sembrado. Su larga carrera universitaria lo demostró con creces.

Sí, Ricardo Latcham fue todo eso. Y para mí, un amigo. Por eso sentiría un pudor tremendo si hiciera su elogio como se lo hace a los difuntos. Lo que estoy diciendo, te lo digo a ti, Ricardo, que no has muerto ni podrías morir jamás.